

Celebración del abismo, de Antonio SÁNCHEZ ZAMARREÑO,
Colec. Abezetario, I.C. El Brocense, Cáceres, 2007

LA DIALÉCTICA DE LA CREACIÓN

Antonio Sánchez Zamarreño pertenece a la estirpe de los poetas andariegos como Machado o Claudio Rodríguez, para quien el paseo, con su ritmo acompasado, constituye el ejercicio preparatorio de contemplación que abre la posibilidad de la iluminación poética. De ello, nos da buena cuenta en su último poemario *Celebración del abismo* (2007): «Escribo mis poemas con los pies:/ para pensar en verso/ tengo primero que pisarlo mucho». El movimiento cadencial y repetitivo de los pasos prepara el alma para el estado de apertura a la realidad esencial, escondida tras la percepción sensorial de las cosas. Este estado anímico podría ser considerado como una especie de éxtasis, de salida de sí, de abandono de uno mismo para entregarse, gozoso, a esa realidad oculta. Este éxtasis supone un proceso de destrucción de sí mismo, de «deshacimiento» –como decía san Juan– a través del cual el poeta crea en su interior un vacío que le permite acoger y recibir a todo lo otro, logrando, así, la comunicación con lo real: «Llamo con el corazón al vacío. / Así nace el poema:/ como un dolor de aldabas». En este vacío, en este abismo, tiene lugar la comunión con las cosas que hace al poeta alcanzar la plenitud de una realidad sagrada. El poeta, por ello, debe sacrificarse para tener acceso a esa epifanía que informa al poeta, pues él es un simple mediador de la verdadera iluminación en esa unión con lo real que tiene lugar y no la puede perturbar, ni ensombrecer con su voz propia, con su turbia subjetividad: «me obstino en apurarte, cáliz de sangre, porque sé,/ que, si lograra aniquilarme aquí, se salvaría este poema». La salvación del poema

está en la destrucción de toda huella del autor, pues el lugar del poeta es el lugar de la mediación: el escritor debe apartarse para que brille la realidad sagrada («Escribo para desvanecerme»). Ha de ser dadivoso y apurarse, aniquilarse para alumbrar y posibilitar el cuerpo glorioso de la palabra poética.

Su muerte da vida al poema: «Porque resucitó más en la luz,/ muere el poeta más que nadie». Su palabra poética ha de transparentar esa luz, y no anteponerse a ella: «Yo soy el que dice los nombres, / pero es la luz quien los penetra». Esa luz, la «mujer traslúcida», es la que «voltea el vocablo», la que transforma el carácter utilitario del lenguaje en la voz inspiradora del poeta que desvela la verdad. La anulación del autor no debe, pues, ser interpretada como pérdida, sino como la máxima ganancia: en su desaparición, en su aniquilamiento, el poeta hallará la máxima transparencia. Su palabra será el cristal que deje traspasar, sin veladuras, la luminosidad de esa manifestación de lo sagrado. El poeta ha de renunciar a su yo y en esa renuncia encontrará, paradójicamente, su resurrección: «desde todo poeta/ mira un resucitado». Esta es la dialéctica de la creación: el autor, para crear el poema, debe destruirse y en esa destrucción, hallará su salvación («Destruye tú este verso / como me destruyó él al escribirlo»). Cuanto más borre el autor su rastro del poema, más brillará la palabra poética, al hacer del poema el recinto de la verdad, y más logrará el poeta ser poeta, ser palabra traslúcida. Por ello, será su destrucción su mayor logro, será su muerte su más alta vida, al haber conseguido ser fiel portavoz de la luz sagrada que está siempre al «otro lado del poema». El poeta se pierde y se rescata, al mismo tiempo, en el poema. Se inmortaliza, a la par, que muere en el verso: «No tengo ser: tú eres mi ser ausente». Sólo en esta entrega, en esta desappropriación, en el desasimiento, en la pobreza es posible alcanzar el estado de máxima apertura y disponibilidad de la conciencia. Por ello, la única eternidad del poeta está en el poema: «Muerto el poeta, no callará nunca./ Es otra plenitud en otra boca».

Pero el poema, antes de ser escrito, se perfila ya en el silencio como lugar de la iluminación de la verdad, como espacio de la plenitud del sentido («la gloria del poeta es el silencio»). El magma del poema es anterior a la palabra, pues el silencio aparece como la máxima posibilidad de significación que la palabra, en su enunciación, viene a desvirtuar o pervertir. Antonio Sánchez Zamarreño lleva, de este modo, a su máxima tensión los límites del lenguaje entre el silencio y la palabras: en el vacío intersticial entre ambos es donde se sitúa la experiencia abisal del poeta. Por ello, no en la palabra, sino en el espacio en blanco, que participa tanto de la naturaleza del decir como del callar, es donde el ser logra su auténtica estadía: «El gran espacio en blanco/ que sostiene estas líneas/ no es todavía la nada:/ continuó hablando allí/ con voz más verdadera». El verso

más logrado es aquel que permanece guarecido en la absoluta potencialidad significativa del silencio, a salvo del decir, de la palabra que siempre, en su concreción, viene a empobrecer y ensombrecer la luminosidad del poema: «En posición fetal, el verso espera/ que nadie lo rescate de lo blanco. Verso nunca hecho tinta: como nieve/ que no conocerá sombra de pájaro». Pero este silencio ya prefigura la palabra, pues la lograda plenitud fuerza, paradójicamente, al poeta a hablar, a desatar su palabra poética, pues cómo callar cuando se está desbordado por tanta maravilla, como nos dice Job: «¿Quién podrá contener la palabra que en sí tiene concebida, sin decirla? (Job, 4, 2). El poeta anda siempre en este dilema, en esta contradicción: lo amorfo busca la forma, aunque esa forma nunca llegue a contener lo amorfo. Lo inefable busca la palabra, aunque Zamarreño es conciente de la «cortedad del decir» –utilizando la expresión de Valente–, de la insuficiencia del lenguaje para expresar esa celebración del abismo, esa epifanía de lo sagrado. La grandeza del poema reside, precisamente, en esta dialéctica entre lo indecible y lo decible, pues la palabra poética actúa como indicio de esta experiencia radical que no se agota en el lenguaje. El poeta nos indica desde el lenguaje una vivencia que el lenguaje no puede alojar. Nombra sin nombrar, dice sin decir: «También yo estuve, Lázaro,/ al otro lado del poema/ y, como tú, no puedo decir nada/ de aquella luz a quienes me preguntan». De esta imposibilidad del decir, brota, justamente, el verdadero poema. Del silencio brota el canto que aspira al silencio.